GARCÍA

LA HISPANO-CUBANA.

Establecimiento literario comercial,

de los señores Gullon, Lujan y Franco.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

MADRID.

Imprenta de la **Viuda de D. R. J. Dominguez,**

calle de Hortaleza núm. 67.

1849.

OBRAS PUBLICADAS.

La creacion del mundo y el diluvio universal, **del señor D. José Zorrilla**, en 3 actos precedido de un prólogo en verso.
¡Es un ángel!, **del señor Suarez Bravo**, 3 id. en id.
Trabajar por cuenta agena, **del señor Cazurro**, 3 id. en id.
La gloria del arte, **de los señores Asquerino**, 3 id. en id.
Juan sin tierra, **del señor Diaz**, 4 id. en id.
D. Sancho el Bravo, **del señor D. Eusebio Asquerino**, 3. id. en id.
Para heridas las de honor ó el desagravio del Cid, **del señor Galvez Amandi**, 5 id. en id.
Mi mamá, **del señor Serra**, 1 id. en id.
El 5 de agosto, **del señor Tamayo**, 4 id. en id.
Los amantes de Chinchon *(parodia de los Amantes de Teruel)*, **de los señores Villergas, Príncipe, Larrañaga, Asquerino y Estrella**, 1 id. en id.
Juan sin pena, **del señor Rosa**, 3 id. en id.
El ensayo de una ópera, *(zarzuela)* } 1 en prosa y verso, **del señor Peral.**
Un dómine como hay pocos, } 1 en prosa.
Las guerras civiles, **de los señores Asquerino**, 3 id. en verso.
Traidor inconfeso y mártir, **del señor Zorrilla**, 3 id. en id.
La banda de la condesa, **del señor D. Antonio Cortijo y Valdés**, 3 id. en id.
Nobleza contra nobleza, **del señor D. J. Heriberto García de Quevedo**, 3 id. en id.
Un amor a la moda, **de los señores D. Jacinto Perez Duro y D. Luis Rivera**, 1 id. en id.
Hacer cuenta sin la huéspeda, **del señor D. Francisco Flores Arenas**, 3 id. en id.
La madre de San Fernando, **del señor D. Cayetano Rosel**, 4 id. en id.
Los Amantes de Teruel, **del señor Hartzembusch**, refundida nuevamente para el teatro Español, 4 id. prosa y verso.
Un page y un caballero, **por el señor D. J. Heriberto García de Quevedo**, 3 id. en verso.
Don Bernardo de Cabrera, **del mismo señor de Quevedo**, drama trágico, 4 id. en id.
Arcanos del alma *(1ª. parte)*, **por D. E. Asquerino**, 3 id. id.
Una falta, **por D. José M. Hulce**, 3 id. en id.

UN PAGE Y UN CABALLERO.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Representado con aplauso en el Teatro del Drama.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
MADRAS

N.º de la procedencia
1705

MADRID: 1849.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67

PERSONAGES.	ACTORES.
El Rey Don Alonso 6.º	**Sr. Porres.**
La Infanta Doña Urraca. . . .	**Sra. Campos.**
Aixa Galiana.	**Sra. Molist.**
Nalvillos Blazquez.	**D.ª C. Carrasco.**
El Abad de Sahagun.	**Sr. Ucelay.**
Don Garcia Ordoñez, Conde de Nágera.	**D. E. Arjona.**
Alvarez.	**D. Lázaro Perez.**
Pedro, hombre de armas del Conde.	**Sr. Molina.**
Beltran, hombre de armas del Abad.	**D. N.**
Un heraldo del Cid.	**D. A. Rodrigo.**
Un enviado del rey de Córdoba.	**Sr. Gaspar.**
Un page.	**D. N.**

Caballeros, pages, guardias, hombres de armas, etc.

La escena pasa en Toledo y en las ruinas del inmediato monasterio de San Servando, en los últimos años del siglo undécimo.

Este drama es propiedad de los *señores Gullon, Lujan y Franco*, Directores de la Agencia general Hispano-Cubana de Madrid, los cuales perseguirán ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino sin su autorizacion, conforme á la *Ley de propiedad literaria* y Real decreto orgánico de Teatros de 7 de febrero de 1849.

A MIS MUY AMADOS PADRES.

He aquí mi segunda obra dramática, que me atrevo á dedicar á vds., no porque la considere digna ofrenda, ni á su merecimiento, ni de mi tan ardiente como respetuoso cariño; sino por la natural impaciencia que debo tener de patentizar á propios y estraños ojos, la profunda veneracion y afecto entrañable, que á tan escelentes padres consagra mi reconocido corazon; que si bien es cierto, que lo pobre del homenage, debia retraerme de tributarlo, cuando tan inmensa es la deuda de que es prenda; no lo es menos, que, privado como estoy de poder ofrecer nada que mas valioso sea, insensato seria abstenerme del cumplimiento de un deber, só pretesto de carecer de las necesarias facultades para llenarlo bien y cumplidamente.—Tanto valdria el que un ciudadano se negase á acudir á la defensa de su invadida patria, alegando su poca aptitud para el egercicio de las armas; tanto vale el manoseado pretesto de algunas almas ruines que rehusan al hambriento mendigo la limosna que les pide, por la imposibilidad en que se encuentran de remediar la miseria universal.—Cubierta mezquina, al traves de la cual se transparenta en toda su deforme realidad su refinado egoismo!

Ahí vá, pues, tal como pude escribirlo, mi pobre drama. Vean vds. en él, ya que no otra cosa, una prueba de que mi corazon no olvida un punto su tierno amor é inmensos beneficios.

Madrid 10 de noviembre de 1849.

725179

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unpageyuncaballe00garc_0

ACTO PRIMERO.

Habitacion de la infanta Doña Urraca en el alcázar de Toledo.—Sala con puertas laterales y una en el fondo.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

ALVAREZ *solo.*

Puntual se muestra, á fé mia!
Mas ha de un hora que espero,
me faltará el caballero?
No; que es sabio Don García.
Mas, ¿por qué tardarse tanto
cuando me dá tal premura?
¿Quién del conde me asegura
si de mí propio me espanto?
Maldita pasion del oro!
Por él vendí á mi señor,
y por él sirvo á un traidor
que anda en tratos con el moro.
Vendí al conde Don Ramon
y á Nalvillos vendo ahora,

y á un tiempo, á la infanta mora,
hija del buen Almenon...
Vive Dios!.. mas siento ruido...
Pasos son del conde acaso...
Sospechas, hablemos paso
que tal vez nos han oido.

ESCENA II.

ALVAREZ, DON GARCIA.

GARCIA. Temí no encontrarte ya...
Retardo forzoso ha sido.
ALVAREZ. Seais, señor, bien venido.
GARCIA. Estás solo?
ALVAREZ. Claro está.
GARCIA. Pues dí lo que traes...
ALVAREZ. Responde
el moro á vuestra embajada,
que no puede ajustar nada
mientras no hable con el conde.
Que esta noche en la ruina
de San Servando vecina,
estará fiel aguardando;
mas que al alba matutina
lejos quiere á San Servando.
Ved pues, lo que disponeis:
que allá el moro en brasas queda...
GARCIA. El caso será que pueda
hacer algo...
ALVAREZ. Qué temeis?
GARCIA. Temo que con tal premura
no puedo la trama urdir
que me bastó á reducir
á Nalvillos.
ALVAREZ. Qué locura!
Decid: no está enamorado?
GARCIA. Y aun peor... correspondido!
ALVAREZ. Queréisle, pues, mas perdido?
GARCIA. Le quiero menos ganado!
Temo Alvarez, que esta vez
nuestro enredo salga mal:

temo al conde en Portugal,
y de Urraca la altivez.

ALVAREZ. Es indigno ese temor,
señor conde, en vuestro pecho;
para echar por el atrecho
se ha menester mas valor.
Podeis mucho con el rey,
á Nágera gobernais,
y de Montes de Oca dais
hasta Calahorra ley.
Tanto podeis, y del miedo
os dejais así abatir?
¿Quién osará competir
con vos, señor, en Toledo?
Hízoos sombra el de Vivar,
el inmortal campeador,
y luego como á traidor
le hicísteis vos desterrar.
Os molestó el Borgoñon,
y aunque tan bueno y leal,
hubo de irse á Portugal
con sospechas de traicion.
Ora sí á tales caudillos
osásteis hacer ultrage;
qué temeis, señor, de un page?
Qué os importa el buen Nalvillos?
No amais á la infanta mora?

GARCIA. Sí: con frenética llama!

ALVAREZ. Pues si ella á Nalvillos ama,
mirad lo que haceis ahora.
Doña Urraca los protege,
que es Nalvillos su criado...
y cuidad, que de cansado
hasta yo mismo no os deje.
No hay ya tiempo que perder;
que en la traicion y el engaño,
cada momento es un año!

GARCIA. Pero hay mucho que temer!
El rey.

ALVAREZ. No os ama, en verdad,
pero os teme, y es mejor:
oh! en las cortes el temor

presta mas seguridad.

GARCIA. Está bien. Déjame ahora...

ALVAREZ. Dónde os veré?

GARCIA. En mi palacio,
que hemos de hablar mas despacio.

ALVAREZ. Adios quedad. (*Váse.*)

ESCENA III.

EL CONDE *solo.*

GARCIA. En mal hora
duda y tiembla el corazon!
El moro urge por demas,
y no puedo hacerme atras
en la intentada traicion.
Ademas, yo he de vengar
mis agravios.— Por mi fe,
sobrado tiempo esperé!
Harto os habeis de acordar,
rey don Alonso de mí...
Me proclamásteis cobarde!
Pesaros ha, aunque muy tarde;
que no se denosta así
á un varon tan principal!
Me dísteis despues favor
para calmar mi rencor;
pero... calculásteis mal!
—Despues... no alcanzo otro medio
de separar á Galiana
de Nalvillos... ya mañana
tal vez no hubiera remedio.
—Y por qué he de temer hoy?
El rey persigue enemigo
en la Rioja á don Rodrigo...
Por Cristo! cobarde soy!
pero... y la infanta?.. es mujer,
y aunque sospeche de mí
se lo tiene para sí;
que mi enojo es de temer.
Fuera, pues, vanos temores,
vamos en pos del amante!

Dame, fortuna inconstante,
solo por hoy tus favores!
Pero aquí viene...

NALVILLOS. (*Entrando.*) Es la hora
en que me dijo Galiana...
(*Reparando en el conde.*)
El conde tan de mañana!

GARCIA. (*Ap.*) Mi presencia aquí le azora!

ESCENA IV.

EL CONDE, NALVILLOS.

NALVILLOS. Guarde el cielo al señor conde!

GARCIA. El os guarde, page, á vos!
Y la infanta, cómo sigue?

NALVILLOS. Oí que estaba mejor...

GARCIA. Harto rara es su dolencia...

NALVILLOS. Dolores del alma son,
que sin descanso la aquejan
por la voluntad de Dios!
Desde que allá en á Portugal
se fué el conde don Ramon,
su esposa, huyendo las iras
de Alonso, nuestro señor;
nunca la acuitada infanta
un dia plácido vió...
Siempre triste, siempre enferma...
Dios se lo pague al traidor
que con sus torpes calumnias
tantas desdichas causó.

GARCIA. (*Ap.* Si lo dirá por mí el page?)
Oh!.. fué terrible afliccion!
—Pues yo oí decir; (no sé
si á tuerto se le imputó);
que en Ávila y Salamanca
y en Segovia ese baron,
cometió desaguisados
tales, que nuestro señor
el rey Don Alonso el Sexto,
prefiriendo la razon
á los lazos de la sangre,

el gobierno le quitó
de las tres ciudades...

NALVILLOS. ¡Miente
quien diga tal sinrazon
de mi dueño el conde—Miente!

GARCIA. Diga el page que mintió;
que no soy yo quien lo ha dicho,
ni jamas de tal baldon
capaz juzgué al señor conde...

NALVILLOS. Eso si tal!—Voto á Dios;
que lo demas son calumnias!
Si mi lengua os ofendió,
perdon, señor conde, os pido.

GARCIA. Quitad allá el buen garzon:
quien defiende al dueño ausente,
por leal le estimo yo.—
—Venga esa mano...

NALVILLOS. Tomadla.
y con ella el corazon!

GARCIA. Tomaré la mano... esotro
ya no os pertenece á vos.

NALVILLOS. Pues cómo?

GARCIA. Quereis que á un hombre
de la edad que cuento yo
pueda tenérsele oculto
por mucho tiempo el amor?

NALVILLOS. Pues... yo...

GARCIA. No podeis negar
que amais con ciega pasion
á Aixa Galiana...

NALVILLOS. Un secreto
sorprender quisiérais hoy,
señor conde...

GARCIA. No sorprende
quien por sí lo penetró:
os tengo afecto, y pudiera
seros útil á los dos...
por eso os pregunto...

NALVILLOS. Ay cielo!
Con vuestra ayuda, mi amor,
mi dicha... dicha suprema,
fuera posible!.. mas, no.—

¿Qué interes puedo inspiraros
para hacerme tal favor?..
Yo soy un humilde page,
vos, un egregio baron:
pobre yo, vos poderoso...
qué hay de comun en los dos?
Os burlásteis...

GARCIA. No, á fé mia!
Os lo quiero probar hoy
si en mí confiais...

NALVILLOS. (*Ap.* No sé,
mas me tiembla el corazon;
que hacer el bien por el bien
nunca en el mundo se vió).
¿Qué quereis, señor, que os diga,
si ya con ojo avizor
penetrásteis mi secreto?

GARCIA. Pero, ella, os ama?

NALVILLOS. No dió
jamas porque yo lo crea
ni la mas leve razon...

GARCIA. Luego, no os ama?

NALVILLOS. Tampoco
pudiera afirmarlo yo...

GARCIA. Pero, cuando vos la hablais
requiriéndola de amor,
qué os contesta?..

NALVILLOS. Algunas veces,
que somos de religion
diferente: otras esclama:—
Oh! cuan desgraciada soy!
y por mas que la importuno
nunca alcanzo otra razon.
En fin yo me vuelvo loco!

GARCIA. (*Ap.* Y le adora, vive Dios!)
Y qué digera el buen page,
si por precio de su amor
le propusiera Galiana,
por *Alah* dejar á Dios?

NALVILLOS. Qué decís?.. La fe de Cristo,
dejar por la confusion
de Mahoma?.. Las creencias

que mi padre me enseñó,
y que pasan en los mios
de la una generacion
á la otra, así cobarde,
de vender hubiera yo?..
No; jamas, por vida mia!
nunca cupo tal baldon
ni en nobles, ni en castellanos,
y yo soy hombre de pro!

GARCIA. Bien está—no os enojeis:
sois colérico, el garzon.

NALVILLOS. Qué quereis?.. hay ciertas cosas...
Yo renegado?.. eso no!

GARCIA. Tan altivos sentimientos
dignos de un hidalgo son;
pero el caso es, que Galiana
no querrá casar con vos
si no os haceis moro...

NALVILLOS. Conde,
eso es un crímen atroz!

GARCIA. No os digo yo que lo hagais,
que fuera tamaño error;
pero estando en vuestro caso,
tentara su corazon
ofreciéndola lo dicho,
y de este modo, su amor
se hará patente sin duda.

NALVILLOS. Acaso tengais razon...
pero... y si acepta?

GARCIA. Hay lugar
de retractarse...

NALVILLOS. No...no!
fuera villana esa prueba...

GARCIA. Ved lo que os esté mejor.

NALVILLOS. Y... cuándo volveré á veros?

GARCIA. Esta noche.—Si aprension
no os dan los aparecidos,
fuera de la puente estoy
que va á San Servando: allí
podremos hablar los dos
despacio de nuestras cosas.
A Dios quedad! (*Váse.*)

NALVILLOS. Id con Dios!
Vamos á probar fortuna!..
O la vista me engañó,
ó aquí se acerca Galiana...
Quedo... quedo... corazon!

ESCENA V.

NALVILLOS, GALIANA.

GALIANA. Guárdeos Allah, señor page!
NALVILLOS. Bendiga á la infanta Dios!
GALIANA. Ora estaban aquí dos...
quién era el otro?
NALVILLOS. Homenage
le rinde Nágera fiel,
como á su conde...
GALIANA. ¿Aquí estaba
don García?.. ¡me anunciaba
el corazon que era él!
NALVILLOS. Por qué?.. Qué quereis decir?
GALIANA. No sé... me espanta ese hombre...
Hasta el ruido de su nombre
me hace temblar y sufrir.
NALVILLOS. Eso, infanta, no es razon:
que es el conde vuestro amigo...
GALIANA. Me dice que es mi enemigo
aquí dentro el corazon!
NALVILLOS. Ved que en grave error estais...
Quién no os amará, señora?
GALIANA. Soy pobre... y huérfana... y mora...
y ese amor...
NALVILLOS. No prosigais!
Si por mi amor lo digísteis,
amor tan santo y tan puro,
por Dios y por mi alma os juro
que muy ingrata anduvísteis!
¿Qué hallásteis, señora, en mí,
para hacerme tal insulto?
¿No os rendí devoto culto
desque adolescente fuí?
¿No pasé mi vida entera

amándoos mas que á mi Dios?
—¡Y nunca alcancé de vos
ni una mirada siquiera!—
Y cuando solo altivez,
y desdenes y rigor,
obtuvo tan tierno amor,
quejéme yo alguna vez?
No! Que mientras mas ingrata
os mostrábais vos conmigo,
(ese cielo me es testigo!)
esta pasion que me mata
y que hoy brota de mis labios,
como el fuego al vendabal,
se acrecentó por mi mal
al soplo de los agravios!
Y ya en volcan convertida
que todo incendia y devora,
si no la pagais, señora,
para qué quiero la vida?
Responded... me amais?...

GALIANA. La suerte
puso un alto valladar
entre los dos...

NALVILLOS. Oh!... si amar
supiéseis, fuérais mas fuerte!
Nunca amásteis, no!...

GALIANA. Mi estado
me impide... tiemblo...

NALVILLOS. Qué error!
¿Dudais aun de mi amor
con las pruebas que os he dado?
Los hados con crudo encono
persiguiéronme al nacer:
ah! quién pudiera ofrecer
á vuestra beldad un trono!
Por mi amor el mundo entero
os rindiera vasallage...
mas, qué soy yo?.. Un pobre page,
aunque nací caballero.
Teneis razon... no debeis
amarme... fuí un insensato...
Adios quedad...

GALIANA. Por ingrato
os tendré si os vais...

NALVILLOS. Quereis
Galiana, volverme loco?
Si vos no me amais, señora,
á qué detenerme ahora?

GALIANA. Quedad... y hablemos un poco,
si no os molesta, en razon.
No os dige ya que mi fé,
manda que oidos no dé
¿á vuestra ardiente pasion?
No habeis visto...

NALVILLOS. Perdonad...
ora conozco mi error:
solo cuando no hay amor
hay tanta serenidad.
A ofreceros hoy venia
el mas alto sacrificio...
qué quereis?.. estoy sin juicio...
lo quiere la suerte mia!
De vuestro labio el consejo
quisiera poder seguir...
corro sin duda á morir
cuando de seguirlo dejo.
Conserve el cielo, señora,
de vuestro pecho la paz
siempre!

GALIANA. De sufrir capaz
juzgais solo al que deplora
su mal?.. Porque yo hasta aquí,
callando disimulé,
porque á mis solas lloré,
juzgais que dichosa fuí?
Qué! ¿no es tormento mayor
recatar el padecer?
Mal de una pobre mujer
comprendísteis el pudor!
—Os amo!.. mas no es bastante:
tan insensata os adoro,
que á ser vos, Nalvillos, moro,
no ya esposa, vuestra amante,
vuestra humilde esclava fuera!

Y á vuestras plantas postrada,
solo con una mirada
por dichosa me tuviera!
—Mas no quiso nuestro sino
permitirnos tal ventura...
ay! porqué la suerte dura
os colocó en mi camino?
Ya os abrí mi corazon,
y pues cumplí vuestro gusto,
ved, Nalvillos, cuan injusto
os hizo vuestra pasion.

NALVILLOS. Oh! perdonad... me sofoca
la alegria... la emocion...
hable pues el corazon
ya que enmudece la boca!
A vuestros pies...
(*Va á arrojarse á ellos.*)

GALIANA. Levantad.
que alguien os pudiera ver!
si sabeis piadoso ser
de mi amor os olvidad...

NALVILLOS. Que olvide yo vuestro amor!
señora, qué demandais?
cuando piodosa os mostrais
os cumple tanto rigor?

GALIANA. Qué importa que el pecho inflame
tan frenética pasion
si mi santa religion
me veda, ay de mí! que os ame:
olvidadme, sí, os lo ruego,
de mí propia me amparad!

NALVILLOS. Y no habreis de mí piedad?
No veis que estoy de amor ciego?
(*Con arrebato.*)
Pues bien... si á la fe cristiana
no os quisiéreis convertir,
juntos podremos huir:
venid conmigo, Galiana!
Del Betis en la ribera,
y entre lirios y azahares,
coronada de alminares,
culta ciudad y guerrera,

de entre morisco jardin
descuella fuerte y lozana;
Córdoba en fin, la sultana
del rico imperio muslim!
Huyamos juntos, bien mio,
que el cordobes garras tiene,
y tal vez se nos previene
ventura allá y poderío.
Sobre mi caballo fiel
iremos juntos los dos;
que es valiente, vive Dios,
y generoso el corcel
No puedo ofreceros nada,
sino mi brazo y mi amor;
mas tienen cierto valor
un corazon y una espada!..
Ya en Córdoba, del Koran
haré mi guia y mi ley;
que sin vender á mi rey
me puedo hacer musulman.
Bien sé yo que dejo aquí
fama y nombre de traidor...
mas, si tengo vuestro amor,
qué me importa el mundo á mí?
—Oh! Galiana! responded...
una palabra no mas!...

GALIANA. Yo...

(*En este momento aparece Doña Urraca en una de las puertas laterales.—Galiana la ve, y da un paso atras con espanto.*)

La infanta!... Haceos atras...
Idos!...

ESCENA VI.

DICHOS.—DOÑA URRACA.

URRACA. La planta tened!
NALV. GAL. Señora!
URRACA. Callad los dos:
callad, si, que fuera mengua,
por intentar disculparos
incurrir en la bajeza

de mentir, á la que sabe
por preguntas y respuestas,
vuestra locura, Nalvillos,
Galiana, vuestra flaqueza.
¿Es este el pago que dais
á la alta benevolencia
Nalvillos, con que mi esposo
cuidó de la infancia vuestra?
¿Aun no os parece bastante
faltar á la reverencia
que al señor debe el vasallo;
que llevais vuestra fiereza
hasta intentar seducir
á la que el tino y prudencia
de don Alonso, mi padre,
puso bajo mi tutela?
Y luego... desventurado!
osar concebir la horrenda,
la monstruosa apostasía
que pronunció vuestra lengua!
Castilla... mal dije; el mundo
católico se avergüenza,
de aquellos que fe tan santa
cual la cristiana reniegan.
Salid... salid del alcázar
que ofendió vuestra altiveza;
y cuidad, que si atrevido
mi bondad poneis á prueba
traspasando estos umbrales
sin pedir antes mi venia,
os haré dar tal castigo,
que las gentes venideras
duden cual fué mas terrible,
si el escarmiento ó la ofensa!

GALIANA. Infanta... Señora mia...

URRACA. Poned un freno á la lengua;
que hablar hoy en su disculpa
no lo sufre mi paciencia.
(*A Nalvillos.*) Idos!... Qué esperais?...

NALVILLOS. Señora,
sois demasiado severa
co nvuestro fiel servidor...

Pero fuerza es que obedezca
vuestra voluntad.—Quedaos
Adios...

URRACA. Id con él.
(*Vase Nalvillos.*)

ESCENA VII.

DOÑA URRACA.—GALIANA.

URRACA. Las muestras
que dais de vuestro cariño
mal vistas son en doncellas
de tal clase, y que de altivas
y recatadas se precian.
Enjugad, pues, ese llanto,
que no cumple á nobles hembras
llorar con lágrimas tristes
debilidades agenas
de su pró.—Mostrad, Galiana,
que aprendísteis en la escuela
de las hembras de Castilla,
mas valor y fortaleza.
Vamos... como hija miradme,
que en tal, infanta, os aprecia
mi corazon... Vuestra cuita
desahogad sin reserva...
Amais á Nalvillos?...

GALIANA. Nunca
salió del pecho á la lengua
hasta hoy tal confesion.
Mas no pudo la vergüenza
resistir mas al embate
de pasion tan verdadera.
Le amo, si!...

URRACA. Si no llegara
á tiempo, acaso cediárais,
permitiendo que Nalvillos
abjurase sus creencias...

GALIANA. Mal me conoceis, señora:
nunca yo tal consintiera!
Que el amor, cuando es del alma,

se sacrifica si es fuerza;
mas no acepta en mal del otro,
ni aun la mas sencilla prueba.
Tal es mi amor por el page,
y fuera cobarde mengua
pensar ser feliz á precio
de su desgracia ó su afrenta!

URRACA. Bien, por Dios!... La noble sangre
que circula en vuestras venas
se muestra así!—A menos costa
hacer la dicha pudiérais
de entrambos.—Nalvillos es
un mancebo de altas prendas:
yo le estimo: el rey mi padre
y mi esposo, en mucha cuenta
le tienen: la fe de Cristo
es la sola verdadera:
ved, pues, haciéndoos cristiana,
cuanto mejorar pudiérais
alcanzando tal esposo,
y con él...

GALIANA. Basta, princesa!
Lo que no disculpo en otros,
en mí propia lo tuviera
por lícito?—De mis padres
si abjurase la creencia
solo para ser dichosa,
¿creeria el mundo sincera
mi conversion? No dirian
con razon en la apariencia:
¿esta que hoy se hace cristiana,
mañana en mora se trueca
de nuevo, si así calcula
que á su interés le convenga?

URRACA. No me cumple á mí, hija mia,
seguir esta controversia.
Pensadlo mejor; que es árdua
y peligrosa materia
para decidida pronto.
Ora, merecer quisiera
de vos que al page Nalvillos
no hableis.

GALIANA. Si acaso lo intenta
obedeceré, señora,
vuestro mandato...

URRACA. Interesa
que así lo hagais á su dicha.

GALIANA. Está bien...

URRACA. Y aun á la vuestra!

ESCENA VIII.

DICHOS.—UN PAGE.

PAGE. (*Entrando.*) El abad de Sahagun,
Señora, hablaros desea.

URRACA. Que pase!

GALIANA. Yo me retiro.

URRACA. Quedaos: no sois molesta.

ESCENA IX.

DICHOS.—EL ABAD.

ABAD. La bendicion del señor
vuestra persona defienda!

URRACA. Seais bien venido, padre.
Qué traeis?...

ABAD. Os traigo nuevas
de Portugal...

URRACA. De mi esposo?...
Os escribió?...

ABAD. Con sus letras
me favorece. Esta carta
es para vos...

URRACA. Venga... venga!
(*Toma la carta y la lee con ademan de sorpresa.*)
El alma me lo decia!...
Conque don...

ABAD. (*Interrumpiéndola.*) Vuestra grandeza
no está sola...

(*Mirando á Galiana con recelo.—Urraca lo tranquiliza con la voz y el ademan.*)

URRACA. Habladme, padre,

sin temor y sin reserva,
que Galiana es hija mia.
Qué ocurre?

ABAD. Que el conde acierta,
señora, en lo que os escribe.

URRACA. Vos lo creeis?...

ABAD. Sus sospechas
contra don Garcia Ordoñez,
para mí son evidencias.

URRACA. El conde don Pedro Assurez
se lo escribe de sus tierras
á mi esposo... pero...

ABAD. Infanta,
la traicion no es cosa nueva
en don Garcia...

URRACA. Yo, padre,
por sospechas no quisiera
acusar...

ABAD. Tal vez muy pronto
podré presentaros pruebas
de su crimen...

URRACA. Mucho temo
que os engañeis...

ABAD. Dios lo quiera!
Há tiempo que al conde espío,
y casi tengo certeza
no solo de su falsía
con don Ramon; mas que intenta
con traiciones mas horribles
poner el colmo á su fiera
temeridad.—Desde el dia
que don Alonso perdiera
la batalla en Salatrices,
por la cobarde flaqueza
del conde, y sus dos sobrinos
los de Carrion; cuya mengua
publicó airado el monarca:
nunca perdonó la ofensa
que á su ver le hiciera entonces
vuestro padre.—Sus arteras
tramas seguí: con el moro
sé que tiene inteligencias,

y uno que es vuestro criado
acaso le sirva en ellas...

URRACA. Qué decís?.. Quién?..

ABAD. Dios me guarde
de asentar como certezas,
conjeturas, por fundadas,
y por vehementes que sean;
mas no tengo confianza
en Alvarez...

URRACA. No recela
mi pecho de su lealtad...

ABAD. Acaso las apariencias
me engañen: andan unidos,
tienen pláticas secretas
á menudo, y no hay un dia
que no tengan conferencia.
Un hora hace que aquí mismo
estuvieron juntos...

URRACA. Fuera
una taicion espantosa...
Nó... nunca podré creerla!

GALIANA. Ay señora! con Nalvillos
habló tambien...

ABAD. Aquí cerca
le encontré cuando venia,
con señales de violenta
desesperacion...

GALIANA. Ay triste!
(*El Abad mira á Galiana sorprendido.*)

URRACA. Padre, con mucha cautela
no me perdais hoy de vista
al conde... Tambien quisiera
hablaros de otros asuntos;
pero no hay tiempo.—Aquí se entra
Alvarez.—Dejadme, padre...
Idos, Galiana, allá fuera...
(*Vase Galiana.*)

ABAD. (*Ap.* Qué irá á hacer?) (*Alto.*) Por Dios, señora!

URRACA. No temais y estad alerta!
(*Vase el Abad.*)

ESCENA X.

DOÑA URRACA—ALVAREZ.

ALVAREZ. Señora...
URRACA. Llegaos acá...
Tengo que hablaros despacio...
Poco parais en palacio;
en qué andais?
ALVAREZ. Des que no está
en Castilla mi señor,
es muy corto mi servicio...
URRACA. Eso será á vuestro juicio;
mas no es de menos valor
á mis ojos.—Escuchad
con religiosa atencion,
que ha llegado la ocasion
de mostrar vuestra lealtad.
—Se dice que un personage
muy prepotente en Toledo,
y á quien Dios ni el rey dan miedo;
á su alcurnia haciendo ultrage,
y olvidando toda ley,
anda en tratos con el moro,
y por un puñado de oro
vende á su Dios y á su rey!
Si acaso llegare á vos
intentando seduciros,
aparentad reduciros;
que nos importa á los dos.
Así estareis al corriente
de las traiciones que trame,
y vendreis, sin que yo os llame,
á referirme fielmente
lo que sepais.—No hayais miedo
de su insolente pujanza;
que estriva en una privanza
y acabar con ella puedo.
Cuidad de servirme á mí;
que si él priva con el rey,
vasallo le hizo la ley,
y yo en el trono nací.

Mi órden habeis escuchado:
cuidad de seguirla fiel...

ALVAREZ. Mas, señora, quién es él?

URRACA. Con lo que os he declarado
no le conocísties vos?

ALVAREZ. Yo?..

URRACA. Ved que estoy prevenida,
Y que en ello os va la vida!

ALVAREZ. Pero señora...

URRACA. Id con Dios!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

Ruinas de San Servando.—Habitacion mezquina con una puerta en el fondo, y otra lateral disimulada en la pared.—En el centro una mesa y dos bancos.—Sobre la mesa recado de escribir y una lamparilla.—Al empezar el acto la habitacion está á oscuras: cuando se enciende la luz, se ven en las paredes recientes vestigios de un incendio.—Noche tempestuosa.—Llueve á cántaros.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, Don Garcia, Nalvillos.

Entran por la puerta del fondo.—El primero trae una linterna sorda con la cual trata de esplorar el campo dirigiéndola á todos los ángulos de la pieza.— El segundo se quita la capa y la coloca sobre uno de los bancos.

Nalvillos. No me direis, señor conde
á qué fin me habeis traido
hasta aquí?
Garcia. Ya os he pedido
que calleis: tal vez se esconde
en lo oscuro algun traidor.—
Esperad.—¿No oísteis nada?
Nalvillos. La tormenta desatada
ruge afuera en derredor
de las ruinas: nada mas

se escucha... ¿Por qué temeis?

CONDE. No veis nada?

NALVILLOS. Si quereis
que algo vea, haceos atras
y volved la luz, por Dios!

GARCIA. Veis ahora?

NALVILLOS. Hasta aquel muro
de enfrente... mas es seguro
que estamos solos los dos.

GARCIA. Hablemos, pues, si gustais...

NALVILLOS. Ya os escucho...

GARCIA. (*Ap.* Mucho tardan
aquellos... mas que se aguardan
á que no llueva?..)

NALVILLOS. Empezais?

GARCIA. Empiezo:—Ya esta mañana
os dige, si bien recuerdo,
cual era el mejor acuerdo
de conseguir á Galiana.
Ensayásteis aquel medio?

NALVILLOS. Todo mi rogar fué vano

GARCIA. Pues solo veo en lo humano
á vuestra dicha un remedio.

NALVILLOS. Decid!

GARCIA. Escuchad con calma
y pensad, si no os molesta
con gravedad la respuesta...

NALVILLOS. (*Ap.*) Traiciones sospecha el alma..

GARCIA. Es inútil divertir
vuestra atencion con rodeos:
viendo estoy vuestros deseos,
y será justo venir
derecho al grano. La infanta
es contraria á vuestro amor...

NALVILLOS. Si, por Dios!

GARCIA. Teneis valor?

NALVILLOS. Nada en el mundo me espanta!

GARCIA. Pues escuchad.—El rey moro
de Córdoba, es muy mi amigo;
don Alonso es mi enemigo,
y persiguió mi decoro.
Bien pensado héme resuelto

á hacer al moro un servicio,
que redunde en beneficio
de vos y de mí.—Revuelto
anda el reino, ya lo veis:
el monarca aborrecido
está en la Rioja, vencido
por el Cid.—Si resolveis
auxiliarme en esta empresa,
damos á Toledo al moro,
y en recompensa, un tesoro
tendreis, y vuestra princesa.
¿Qué decís?... No me responde
vuestro labio?

NALVILLOS. Estoy en duda
si bien oí; que os escuda
aun aquí la sangre, conde!
(*Tocándose el corazon.*)
¿Vos, señor, osais pensar,
proponer tal villanía?
¿Digna es tan negra falsia
de vuestro regio solar?
¿Del moro os llamais amigo
vendiendo así patria y rey,
de Dios y de vuestra ley
declarándoos enemigo?
¿y os atreveis á contar
para la infame traicion
conmigo?... ¿De tal baldon
me habria yo de manchar?
¿Qué hice yo, que á merecer
llegué de vos tal ultraje?
¿Porque soy un pobre page,
llegásteis, conde, á creer
que olvidé mi noble cuna?
Fué necia equivocacion;
que es del page el corazon
mas alto que su fortuna!
Buscad en vuestros iguales,
entre aquesos ricos hombres,
nobles solo por los nombres,
compañeros y parciales:
acaso entre los señores

quien os siga encontrareis;
mas no en mi clase busqueis
ni cobardes ni traidores!

GARCIA. Tened la lengua atrevida,
que si he podido sufrir
hasta aquí... Quereis morir?
Tan poco estimais la vida?

NALVILLOS. Si cumplo con mi deber,
el morir no importa nada;
mas, mientras mi buena espada
esté aquí... por qué temer?

GARCIA. Fácil cosa es ser valiente
cuando pugnais con un viejo...

NALVILLOS. Por eso la vida os dejo...

GARCIA. Fuísteis por ello insolente!

NALVILLOS. Vos lo fuísteis, y cobarde!

GARCIA. Mira, page, lo que dices!

NALVILLOS. Lo que se vió en Salatrices...
para desmentirlo es tarde!

GARCIA. Proseguís en el insulto?

NALVILLOS. Yo insultaros?... Voto al diablo!
que pueda hallar un vocablo
para hacerlo, dificulto!

GARCIA. Ira!...

NALVILLOS. Aun á tiempo os hallais:
de la traicion desistid,
y si no...

GARCIA. Qué hareis?... Decid!

NALVILLOS. Haré que os arrepintais
tanto de haberla tramado,
que en el mundo conocido,
no haya otro mas castigado,
ni otro mas arrepentido!

(*Toma su capa y sale por la puerta por donde entraron antes.*)

ESCENA II.

EL CONDE.—*Despues dos hombres de armas.*

GARCIA. (*Sentándose.*) Con orgullosa jactancia
anduviste, por mi fé!
yo las alas cortaré

á tu insensata arrogancia.
—Él se ha empeñado en morir...
No soy quien le mata yo:
mi venganza provocó,
y en ello me va el vivir!
Quéjese, pues, de su suerte,
no de mí...

(*Saca un silbato y da un prolongado silbido. Algunos instantes despues aparecen los hombres de armas por la puerta del fondo. Uno de ellos se acerca al conde: el otro queda á la puerta medio oculto en la sombra.*)

GARCIA. (*Sin volverse.*) Pedro, eres tú?
PEDRO. Si, señor...
GARCIA. (*Ap.* Por Belcebú!
Me horroriza darle muerte!)
(*Volviéndose.*)
Has visto á un hombre salir
de aquí?...
PEDRO. Si, señor, al page.
GARCIA. Pues sabe que antes que baje
la cuesta, debe morir!
PEDRO. El page, señor?...
GARCIA. Y bien?
Qué te importa?...
PEDRO. Señor, nada.
GARCIA. No lleva sino la espada
que le defienda: Guillen
irá contigo; los dos
podreis matarle sin duda,
como no venga en su ayuda
algun angel....
PEDRO. Voto á Dios!
Contadle ya con los muertos,
que pincha bien mi tizona.
GARCIA. Ese lenguage te abona....
Cuidad de dar golpes ciertos!
PEDRO. Estad tranquilo!
(*Va á salir y se detiene al oir que el conde le habla.*(
GARCIA. Esperad....
Cuando hayais con él cumplido,

de afuera con un silbido
bien distinto me avisad.
(*Le da el silbato.—Pedro lo toma y se marcha, volvviendo á cerrar la puerta.*)

GARCIA. Mañana habia de ser....
Qué hoy suceda, qué mas da?
El muerto muerto se está,
y al vivo no ha de vender.
Bien.—Es negocio concluido.
—Y Alvarez?... mucho ha tardado....
Tal vez de esperar cansado
estará adentro dormido.
Coge la linterna y va á la puerta disimulada en la pared.—Aprieta un resorte y se entra por ella, volviendo á cerrar.—La tempestad se aumenta por grados).

ESCENA III.

ALVAREZ.

Entranda por la puerta del fondo con el semblante desencajado y el cabello en desórden.

Horrible noche! ruge la tormenta
por de fuera con voz aterradora:
el relámpago brilla, truena el rayo,
y con su horrenda, amenazante pompa,
la cólera de Dios cae sobre el mundo
implacable, sañuda, vengadora!
Ah!... dentro el pecho el corazon cobarde
al embate del susto y la zozobra
apenas late ya.... Dónde mi esfuerzo?
¿Dónde la sangre ardiente y valerosa
que en mis venas hervia?... Ah!... del delito
la pesadumbre insoportable, agovia
el usado vigor.... Perdí la calma
para siempre jamas; que en la ominosa
servidumbre del crímen, no hay risueños
dias de sol, ni plácidas auroras,
ni dicha, ni placer; sino pesares,
y sustos y temblor, y noches lóbregas.

(*Se pasea agitado por la escena*)
El conde ha estado aquí.... la vacilante
luz, me revela su presencia odiosa
en estos sitios....
(*Silba el viento con mas fuerza.—Alvarez se vuelve azorado á todas partes.*)
Quién?... quién me ha llamado?
—Nadie!... Me infunde miedo hasta mi sombra!
Pensé escuchar mi nombre, y es el viento
que silba airado en las derruidas bóvedas
del santo monasterio.... Voz humana
cual pudo resonar en estas hondas
ruinas?—Solo el crímen velar puede
en noche tan oscura y borrascosa....
Y el conde?... dónde está?.... Siempre risueña,
plácida siempre aquella faz traidora....
Y ese hombre es un cobarde!... y yo que nunca
el miedo conocí: yo que á la ronca
voz del clarin de guerra, en otros dias
temblaba de placer; de susto ahora
fallezco y de pavor.... De los delitos
tal es la negra y vergonzosa historia!
—¿No habria un medio humano?... ay! ya es muy tarde!
Como volver atrás en la ominosa
senda que aquí me trajo?... Ya en mi frente
siento grabar candente, abrasadora,
por la mano de Dios, la negra marca,
que hará pasar maldita mi memoria
cual la de Judas vil, de gente en gente!
¡Oh servidumbre del delito odiosa!
(*Se pasea agitado.—Calma por grados la tempestad.*)
Y el moro?... tarda ya.... si no viniera!
Mas cómo ha de faltar?... Si fuesen de honra
sus promesas, acaso fueran humo;
pero nunca en las tramas tenebrosas
falta la fé.... Tal es la raza humana!
—Mas pasos siento.... ¡ay Dios!... Llegó la hora!
(*Se aparta hácia el ángulo mas oscuro de la escena.*)

ESCENA IV.

ALVAREZ. EL CONDE.

GARCIA. (*Apareciendo por la puerta secreta*).
No le he podido encontrar
por mucho que le busqué....
Si me venderá el menguado?
No.... que le importa ser fiel!
(*Reparando en Alvarez.*)
Alvarez, amigo, aguardas
ha mucho tiempo?...

ALVAREZ. Ya veis
que el menguado no ha querido
venderos....

GARCIA. Perdóname;
que en los hombres prevenidos
es natural el temer....

ALVAREZ. Sobre todo, si se trata
en traiciones.... duro es,
cuando por vos al delito
frenético me lancé,
que de mi fé y mi palabra
así, señor, sospecheis.

GARCIA. Ea! Dejemos á un lado
esas quejas.—Cuando ves
el peligro que corremos;
¿quieres el tiempo perder
con tan fútiles motivos?

ALVAREZ. Pero, señor...

GARCIA. (*Con impaciencia.*) Volveré
á escusarme, si es forzoso.
Quieres mas?.. Por vida de!..
Pero vamos... viste al moro?

ALVAREZ. En el sitio que sabeis
le busqué, pero no estaba.
Eché entonces á correr
para no tardar con vos...
Encontrarlo aquí pensé...

GARCIA. Pues esa estraña tardanza
me da mucho que temer!

ALVAREZ. Acaso la tempestad

le infunde miedo...

GARCIA. Tal vez,
que son esos descreidos
como el árabe corcel:
valientes con los peligros
humanos; mas es de ver
cuando el relámpago brilla,
y el trueno brama, de pies
á cabeza como tiemblan...
Es estraño...

ALVAREZ. Por mi fé,
nó tanto como os parece:
Si la cólera de un rey,
ó de cualquier poderoso,
nos da tanto en que entender,
¿cuanto mas debe asustarnos,
señor conde, la de aquel,
que de cielo y tierra y mares
soberano señor es?

GARCIA. Vienes hoy muy timorato...
muy piadoso...

ALVAREZ. Qué quereis?..
hay dias...

GARCIA. Pero, ese moro...

ALVAREZ. Y el page, señor?

GARCIA. ¿Porqué
me preguntas?

ALVAREZ. Porque temo
que al fin nos ha de vender.

GARCIA. Pues no lo temas.

ALVAREZ. Acaso
estais tan seguro dél?

GARCIA. Tanto ó mas que de mi propio.

ALVAREZ. Ojalá no os engañeis!

GARCIA. No hayas miedo...

ALVAREZ. Porque al cabo,
vos no le habeis de ceder
á la infanta, aunque su ayuda
nos dé animoso... No sé
cuales serán vuestros planes;
pero es lo cierto...

GARCIA. Ello es,

que ese jóven ha de sernos
cual la tumba, mudo y fiel.

ALVAREZ. No os entiendo...

GARCIA. En breve espacio
espero que has de entender
sobrado bien mi lenguage...
(*En este momento se oye un prolongado silbido.*)
Oyes?..

ALVAREZ. Sí, bien escuché,
aquesa es una señal...

GARCIA. Una señal... dices bien.

ALVAREZ. Y qué?

GARCIA. La señal te dice
que ese animoso doncel
del cual con razon temias,
nos guardará siempre fé.

ALVAREZ. Siempre!.. qué quereis decir,
señor conde?

GARCIA. Que el infiel
ha muerto!

ALVAREZ. (*Horrorizado.*) Muerto digísteis?

GARCIA. Muerto!

ALVAREZ. Cómo?.. No podeis
burlaros con tales cosas...

GARCIA. Digo, por vida de quien,
que ha muerto!.. No es mala burla
la que nos pensaba hacer
el tal mozo...

ALVAREZ. (*Con solemnidad.*) Don Garcia,
si en estos tratos entré,
nunca pensé que llegárais
friamentente á cometer
muertes á traicion...

GARCIA. Quién dice
que yo á traicion le maté?

ALVAREZ. Le habeis mandado matar...

GARCIA. Cierto; mas tuvo que ser,
porque en su muerte la vida
nos iba á entrambos... ya ves
que fue forzoso...

ALVAREZ. No basta
el temor...

GARCIA. Calla!.. Escuché
el galopar de un caballo...
Tiene bravísimos pies!..
El moro será... muy tarde
acude...

ALVAREZ. Señor, habeis
mandado matar al jóven?
ó me engañásteis?..

GARCIA. Pardiez!..
Mas calla, que llega el moro...
Abren la puerta... sí... él es!

ESCENA V.

Dichos.—EL ENVIADO.

(*Entra con la mano derecha en el mango del puñal, y mirando á todos lados con evidente recelo. Alvarez se aleja lo mas que puede, apoyándose en uno de los ángulos de la pieza.*)

GARCIA. Llegad Muley... son amigos:
deponed todo cuidado.

MULEY. Allah os bendiga!

GARCIA. Impaciente
me tenia ya el retardo.

MULEY. La borrasca me detuvo...

GARCIA. Y al fin venis empapado.

MULEY. Como ví que no calmaba...

GARCIA. ¿Traeis escritos los pactos
que hemos de firmar?..

MULEY. Aquí
bien estendidos los traigo. (*Saca un pergamino.*)

GARCIA. Leed...

MULEY. Dice así: «Me ofrezco
«á ser amigo y vasallo
«del de Córdoba, si cumple
«por su parte nuestro trato.
«Primero: debe enviar
«entre infantes y caballos
«hasta diez mil combatientes,
«que estarán bajo mi mando.
«Con estos, yo de Toledo

«le haré señor, y él en cambio
«á Galiana por esposa
«me dará, y con ella, cuantos
«sotos, viñas y oliveras,
«en las orillas del Tajo
«poseia Alí-Maimon
«su tio.

GARCIA. Seguid...

MULEY. Pactado
no hay mas...

GARCIA. Si tal; dos mil doblas
de oro, que para gastos
precisos he menester.

MULEY. El pliego de nuestros pactos
no rezaba lo del oro.

GARCIA. Pues que conste es necesario...
con que, escribid...

MULEY. Mucho creo
que son dos mil...

GARCIA. Ni un cornado
rebajo... Si no quereis...

MULEY. Escríbolo... (*Escribe.*)

GARCIA. Un adelanto
de la mitad de esa suma
he menester al contado.

MULEY. No es posible...

GARCIA. Pues mi nombre
no se escribe en el contrato.

MULEY. Pues bien: lo tendreis ahora.
Firmad; que ya demasiado
me detuve.

GARCIA. ¿Y el dinero
no lo dais antes?

MULEY. Tomadlo.
(*Sacando una bolsa y poniéndola sobre la mesa.*)

GARCIA. Asi va bien. (*Firma y le da el pergamino.*)
Oid ahora,
y tratad de no olvidarlo.
El rey está en una guerra
porfiadísima, empeñado
con el Cid... Es muy posible
que dure la guerra un año;

mas tambien que acabe presto.
Por consiguiente, el retardo
pudiera ser peligroso.
Decid, pues, al rey, que en cuanto
tiempo y distancia permitan,
mande las tropas que aguardo,
para darle un reino á él,
y yo vengar mis agravios.
Ya conoceis el lugar
de nuestras citas: contando
desde hoy, de aquí á diez dias,
espero allí al emisario
que venga á darme el aviso
de que envia vuestro amo
las tropas...

MULEY. Contad con ello.
¿Pero no me dais resguardo
alguno, que me asegure
de que cumplireis?..

GARCIA. Acaso
lo dan hombres como yo?

MULEY. Pero en los tratos...

GARCIA. Los tratos
de vuestro señor conmigo,
son en interes de entrambos:
si él falta, yo faltaré,
si no, se hará lo pactado.

MULEY. Pero... las mil...

GARCIA. El dinero
lo tomé, por ver si igualo
lo que hay de la fe de un moro
á la fe de un castellano.

ALVAREZ. (*Ap.*) Buen castellano!.. ¡y tal sufre
ese embajador menguado!

MULEY. Parto, pues...

GARCIA. Llevais mi nombre,
Muley en vuestro descargo.
Eso os baste.

MULEY. Allah os proteja!

GARCIA. Id con bien! (*Váse Muley.*)

ESCENA VI.

DON GARCIA.—ALVAREZ.

GARCIA. (*Consigo mismo.*) Pues fuera chasco
que viniese don Alonso
sin haber ejecutado
mi plan... Solo conseguirlo
puedo de un golpe de mano:
en guerra abierta imposible!
Qué diantre!.. En qué estas pensando
Alvarez?.. Eh!.. ¿Te has dormido
de pié?.. Pues no es poco raro!..
Alvarez!

ALVAREZ. (*Como saliendo de su distraccion.*)
Qué manda el conde?
Hay otra?..

GARCIA. Qué!.. yo no mando!
Pregunto porque motivo
estás tan triste y huraño?

ALVAREZ. Esa muerte...

GARCIA. Ya volvemos
á las andadas?

ALVAREZ. Tomadlo
como mejor os parezca;
pero en ese asesinato
nunca hubiera consentido...

GARCIA. No ves que fue necésario?
dejando al page la vida
no diera yo ni un cornado
por las nuestras...

ALVAREZ. Es verdad;
pero era menos bastardo
arriesgar la vida...

GARCIA. O sueñas,
ó estás loco rematado!

ALVAREZ. Aquella sangre, señor,
está en el cielo clamando
contra vos...

GARCIA. Que allá en el cielo
clame el page por mil años
si gusta; que yo en la tierra

puedo llegar á ser santo,
si he lugar de arrepentirme.
Allá está mejor.—Y en tanto
que te sirva de consuelo
pensar, que á haberlo dejado
en el mundo, clamaria
por el suplicio de entrambos...

ALVAREZ. Nada basta...

GARCIA. Chit!.. percibo
el rumor de muchos pasos...
Alguien viene... sí... no hay duda...

(*Se acerca á la puerta secreta, deteniéndose con la mano puesta en el resorte.*)

ALVAREZ. Tal vez son vuestros criados...

(*Se abre precipitadamente la puerta del fondo, y entran por ella Pedro y tres mas del séquito del conde.*)

ESCENA VII.

DICHOS.—*Los hombres de armas.*

GARCIA. Quién os llama?.. á qué venís?

PEDRO. Vengo, señor, á avisaros
que estos y yo hemos oido
venir á trote muy largo
por la parte de Toledo,
dos, ó tres, ó mas caballos.

GARCIA. Pues urge la retirada...
Venid por aquí!..
(*Abre la puerta.*)

ALVAREZ. ¿Marchamos
todos?

GARCIA. Sin duda!..

ALVAREZ. Parece
que fuera mas acertado
que quedase alguno aquí.

GARCIA. Porqué?..

ALVAREZ. Porque ya los claros
de la luz, desde el camino
habrán visto, y encontrando
esto solo, harán pesquisas,
y darán con el arcano

de esa puerta... Comprendeis?

GARCIA. Comprendo... Mas es el caso,
que si te ven...

ALVAREZ. No hayais miedo...
yo las espaldas os guardo.

GARCIA. (*Con recelo.*) Me venderás?..

ALVAREZ. Qué locura!
No veis que los dos jugamos
la vida?.. Si yo os descubro,
hemos de morir entrambos...
Partid, que llegan!..

GARCIA. Daréte
un premio tal...

ALVAREZ. Retiraos!

GARCIA. Adios!

(*Vanse el Conde y sus gentes, cerrando la puerta.*)

ALVAREZ. Aquí se dirígen...
Oigo distintos sus pasos.

Se sienta en ademan pensativo, dando la espalda á la puerta del fondo.—Esta se abre y aparece el Abad de Sahagun con espada y casco.—Tras él, tres hombres de armas que traen en una camilla, formada de ramas de árboles, el cuerpo inanimado de Nalvillos.—Uno de aquellos hombres, Beltran, trae á modo de bandolera un frasco de vino.

ESCENA VIII.

ALVAREZ.—EL ABAD. etc., etc.

ABAD. (*Entrando.*) Hácia aquí se vió la luz...
O fortuna!.. aquí es... entrad!
Buen hombre, tened piedad..
(*Alvarez levanta la cabeza, y el abad al reconocerle dá un paso atras y lleva la mano á la espada.*)
Por el que murió en la cruz!
Al menos con un traidor
dimos!.. ¿qué en este lugar
os habia de encontrar?
(*Alvarez se levanta y se descubre con humildad.—El abad alzando las manos al cielo.*)
Eres muy justo, señor!
(*A sus gentes.*) Poned allí el cuerpo...

(*A Alvarez.*) Vamos!
Qué haceis aquí?.. No mintais
que el delito acrecentais...
y si la muerte no os damos
aquí, tal vez esperar
podeis perdon... No responde...
Hablad!..Estaba aquí el conde?

ALVAREZ. Sí, señor.

ABAD. ¿Mandó matar
á ese jóven?

ALVAREZ. Sí, señor.

ABAD. Tú fuiste...

ALVAREZ. Yo? no, á fé mia!
tan cobarde villanía,
á mí?..

ABAD. Pues, no eres traidor?

ALVAREZ. Lo fuí.—lo soy si quereis...
pero no un vil asesino!
Traidor fuí por mi destino...
pero, si no me creeis,
matadme aquí.. Qué aguardais?
Mirad... arrojo la espada!
(*Se la desciñe y la arroja á alguna distancia.*)

ABAD. Tiene la faz demudada...
Loco estará...

ALVAREZ. ¿No mandais
matarme?—De aquesa muerte
libre estoy, júrolo á Dios!

ABAD. Pero, estábais aquí vos?

ALVAREZ. Fué de ese jóven la suerte!
cuando ha poco llegué aquí,
ya su muerte habia ordenado
el conde.—¿Por qué he tardado
tanto en llegar?.. Pesia á mí!
Mas no pretendo escusar
mi negro crímen, señor;
que á dejar limpio á un traidor
no basta el agua del mar!
Aquí... ha un momento... por oro,
Dios y rey y honor vendimos
los dos, y reconocimos
por nuestro rey al rey moro

de Córdoba... Os causa espanto,
bien lo veo, tal baldon:
no comprende la traicion
quien como vos, es un santo!
Pero es así... Por la puerta
que entrásteis, salió el infiel:
salió por estotra... (*Abriendo la puerta secreta.*)
aquel
que Dios maldiga!.. Yo, abierta
tuve como él la salida,
pero no quise escapar;
que en tanta angustia y pesar,
carga enojosa es la vida!
Matadme!.. mas no... la muerte
fuera menos horrorosa
aquí, y á muerte afrentosa
Dios me condena, y mi suerte!

ABAD. (*Que ha escuchado pensativo.*)
Decis que el moro ha un instante
que salió... Y á dó camina?

ALVAREZ. A Córdoba.

ABAD. En la vecina
selva, ha de estar, y aun errante;
que hay tormenta, y hace oscuro.
¿Iba el moro acompañado
ó solo?

ALVAREZ. Solo:—ha dejado
su gente lejos...

ABAD. ¿Seguro
estais?

ALVAREZ. Sí, señor.

ABAD. Atento
eschad, Alvarez, pues;
si lo que digísteis es
verdad, desde este momento,
de Dios en nombre os perdono
vuestro pasado estravío.—
Poco será el valer mio,
si el que se asienta en el trono
de Castilla, no os absuelve
tambien;—pero un sacrificio
os impone este servicio...

¿Vuestro ánimo se resuelve
á todo?

ALVAREZ. Mandad, señor!

ABAD. Muy bien. Al cielo pluguiera
que así á la vida volviera
ese jóven... Qué dolor!

ALVAREZ. (*Arrojándose sobre el cuerpo de Nalvillos.*)
Ay de mí!.. ¡cadáver frio
un jóven tan generoso!
este crímen horroroso,
tú lo vengarás, Dios mio!
Pero no es posible, no,
que consientas tal maldad:
haz, señor, en tu piedad,
que en su lugar muera yo! (*Tocándole el corazon.*)
Oh Dios!.. aun respira el triste!
Venid!.. socorredle luego!
(*El abad se acerca á Nalvillos, y reclina la cabeza del jóven sobre su pecho.*)

ABAD. (*A Beltran.*) Dame el frasco!..

ALVAREZ. (*Arrodillándose.*) Oiste el ruego
de un traidor... piadoso fuiste!
Conserva, Señor, su vida,
y esperaré en tu perdon...
No sufras que en la traicion
se goce aquel homicida!

ABAD. (*Que habrá hecho tragar al herido algunas gotas de vino.*)
En efecto... contra el sino,
la sangre jóven se bate...
Quién triunfará en el combate?
Sábelo Dios!—Con el vino
empieza ya á respirar...

(*Alvarez y los demas se acercan con el mas vivo interes. El primero se arrodilla al lado de la camilla, y toma una mano del jóven entre las suyas.*)

ALVAREZ. Creeis que vuelva á la vida?
Que mi esperanza perdida?...

ABAD. Debeis en Dios esperar!
—Mas no hay tiempo que perder...
Por el camino que avanza
á Córdoba, sin tardanza,
echa, Beltran, á correr;

y hasta no dar con el moro,
pica la cabalgadura,
porque importa su captura
á mí y al rey, un tesoro.
Vete!... Rodrigo y Fortun
contigo irán.—¡Por mi honor,
que ha de acordarse el traidor
del abad de Sahagun!
(*Vanse los hombres de armas.*)
Id, conde Ordoñez, sin miedo,
moved la alevosa planta,
que ya el Eterno levanta
vuestro cadalso en Toledo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Salon suntuoso en el alcázar de Toledo.—En el fondo y hácia el centro de la escena, un trono. A los lados dos puertas.—En el lado izquierdo del salon habrá otras dos puertas que den al interior del alcázar; una de ellas, la mas inmediata al proscenio, estará cerrada.—En el lado opuesto dos ventanas que dan á la plaza.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

El Conde D. Garcia.—Alvarez.

Garcia. Dicen que hoy llega á Toledo
don Alonso—á asegurarme
no basta la cortesia
de la infanta... los desmanes
que cometí contra el conde,
sospecha, y quiere vengarse;
que por mas que disimule,
se trasluce en su semblante
el mal reprimido fuego
de un enconado corage.
Yo al rey no espero...

Alvarez. Pues, cómo!
Hariais el disparate
de venderos á vos mismo

huyendo?

GARCIA. Peor es quedarme.
Luego, por mas que tú digas,
de la muerte de su page
me acusa Urraca sin duda:
y aunque tan bien engañaste
al abad, de penitente
fingiendo voz y ademanes
en aquella fatal noche;
el alma teme un desastre
de esa amistosa franqueza
con que engañados nos trae
ha muchos dias...

ALVAREZ. Por Cristo!
El temor es de cobardes,
y vos...

GARCIA. Don Alonso el sesto
me hizo una vez ese ultrage,
y ya has visto...

ALVAREZ. Yo no quise
suponer... Jesus!...

GARCIA. En lances
como este en que nos metimos,
se ha menester pulso grande
mas que valor...

ALVAREZ. La prudencia
es propia de capitanes
consumados; mas no veo
tanto motivo...

GARCIA. No sabes
calcular... ¿Por qué en secreto
enterraron el cadáver
del page?... Por qué se omiten
en ocurrencia tan grave,
las pesquisas de costumbre
para dar con los culpables
del crímen?... Sin duda alguna
los sospechan ó los saben
cuando obran así.—Del moro
debe tambien recelarse:
han pasado quince dias
en vez de los diez, y aun nadie

nos vino de parte suya
con el aviso.—Muy tarde
es ademas para el golpe,
aunque hoy llegáran sus haces;
pues el triunfante monarca,
sin duda consigo trae
gran golpe de gente ducha
en los peligros marciales,
y no ardimiento, locura
fuera intentar el combate!
Solo nos queda el camino
de la fuga....

ALVAREZ. En duro trance
nos vemos.... Y adonde huir?

GARCIA. Donde fuere mas distante
es lo mejor—A Navarra!
allí no será muy facil
que con todo su poder
don Alonso nos alcance.
Voy á prepararlo todo....
Tú en reunirte no tardes
conmigo.... mas qué rumor?...

(*Oyese ruido de muchas voces en las inmediatas galerías. Alvarez se acerca á una de las puertas del fondo*).

ALVAREZ. De caballeros y pages,
mas de un ciento que aquí llegan....
Ya traspasan los umbrales.

(*Entran varios caballeros seguidos de sus pages. Al ver el trono se descubren y dan el grito de viva el rey!—El conde se vuelve con señales de sobresalto á los entrantes, á tiempo que por una de las puertas laterales sale doña Urraca, á cuyas primeras palabras se vuelve de nuevo el conde mas azorado que antes*).

ESCENA II.

DICHOS. DOÑA URRACA.

URRACA. Bien venidos, caballeros!
¡Ola, conde! que semblante
tan alterado traeis!...

GARCIA. (*Balbuciente*). *Cuidé que los musulmanes*

asaltaban á Toledo.

URRACA. No temais; que son leales
y valientes infanzones....

ENTRANTES. Viva la infanta!...

URRACA. No en balde
alabé vuestra hidalguia....

ALVAREZ. (*En voz baja á la infanta*).
Ved que trata de escaparse!

URRACA. (*Lo mismo*). No podrá. (*Alto*). Es muy justo amigos
que al encuentro de mi padre
vayais.—Don García, á vos
como de régio linage,
os cumple la presidencia
de estos nobles....

GARCIA. Disculpadme
señora.... pero....

URRACA. Os lo pido,
y no habeis de desairarme.

ALVAREZ. (*Al oido del Conde*).
Si os negais, será peor....

GARCIA. Iré!

URRACA. De muy mal talante
os prestais...

GARCIA. Yo?.. no señora....
Voy al punto!

(*Vase don García, seguido de los nobles y sus pages*).

ESCENA III.

DOÑA URRACA. ALVAREZ.

URRACA. El miserable!
ya toca al fin merecido
de sus manejos infames.
Has visto al abad?

ALVAREZ. No ha vuelto
aun, que salió algo tarde
esta mañana.

URRACA. Está listo
todo?

ALVAREZ. Como lo ordenásteis
se ha hecho.

URRACA. Bien!—Si la venda
que hasta aquí cegó á mi padre,
hoy no se rasga, al destierro
tendré yo que resignarme
para siempre.—Crees que tenga
Nalvillos fuerza bastante
para hacer lo convenido?

ALVAREZ. De sobra!.. y aunque le falte
la del cuerpo, es muy seguro
que le sostendrá el corage.

URRACA. Como fatal no le sea
el esfuerzo.... Y el alarbe
cómo está?

ALVAREZ. Desde la noche
en que le dimos alcance,
no cesa de maldecir
su suerte....

URRACA. Como cobardes
que son!—Qué creyera el conde,
la fábula que inventaste
sobre el entierro secreto
de Nalvillos!...

ALVAREZ. Sus maldades
le cegaron; que en tinieblas
vive el traidor!

URRACA. Ya hoy es tarde
para escapar aunque quiera.
¡Cuan felices los amantes
van á ser hoy! Pobre niña...
¡Cuanto ama al dichoso page!
Pero ella viene... Vé presto
por si hubiere vuelto el padre
de su mision; y en seguida
dile que venga aquí á hablarme.

ALVAREZ. Adios quedad!

URRACA. Él te guie!
(*Mirando hácia dentro.*)
Dolorido el rostro trae...

ESCENA IV.

DOÑA URRACA.—GALIANA.

URRACA. Dios te proteja, hija mia!
Siempre tan triste y llorosa...
GALIANA. Si fuera yo mas dichosa,
mostrara mas alegria.
URRACA. Mas por qué tanta agonía?
El page vive...
GALIANA. Do está?
Decidme!...
URRACA. Se te dirá
á su tiempo...
GALIANA. Infanta, soy
muy desgraciada!...
URRACA. Mas hoy
tu padecer cesará.
GALIANA. Cómo?... Señora... Hoy digiste?
URRACA. Lo repito, y es seguro...
GALIANA. Por qué ese lenguage oscuro?
Nunca tan severa fuiste!
URRACA. Galiana, si padeciste
hasta hoy, y yo callé,
con harto motivo fué:
ten en mí mas confianza,
y pon en Dios tu esperanza...
GALIANA. Hasta aquí, nunca esperé!
URRACA. Nunca esperó el que no tiene
fé en su fé, y esto es muy claro;
que no esperamos amparo
de do esperanza no viene.
Esto, Galiana, previene
una seria esplicacion,
que retardar no es razon
por mas tiempo...
GALIANA. Cual, señora?...
URRACA. Persistes en la fé mora
con entera conviccion?
GALIANA. Señora... ya veis...
URRACA. Franqueza,
ingenuidad solo pido:

creo haberte convencido
de la mentira y flaqueza
de tu fé... si mas certeza
encuentras en la cristiana,
¿á qué vacilar, Galiana,
cuando te ofrece la dicha,
y solo error y desdicha
te ofrece la musulmana?

GALIANA. Pero renegar así
de la fé de mis mayores!
—Bien sé yo que son errores
los que en la infancia aprendí:
mas ¿quién me asegura á mí
de que la vuestra es mejor?
Aboga aquí dentro amor
por la religion de Cristo;
pero yo á su voz resisto,
que el errar me da pavor.
Porque al fin, en esta oscura
perplegidad que me agita,
hay clara una cosa escrita
nada mas, y es mi ventura!
¿Quién de acertar me asegura
cuando ofusca mi razon
el grito del corazon?...
¡Ay, infanta, por piedad,
á esta ciega iluminad
en tan turbia confusion!

URRACA. Me admira, á fé, la entereza
con que á tu amor resistiendo
niegas ver lo que estás viendo
por no obrar con ligereza:
mas la verdad, la grandeza
de esta fé que da la vida,
te es por demas conocida;
y si aun resistes su acento,
nace de otro sentimiento,
no del no estar convencida.
¿No repugna á tu razon
ese libro del Koran?
El código musulman
es una ley de irrision!

¿Habla acaso al corazon
su voz, ni al entendimiento?
No! que su pérfido acento
solo halaga los sentidos;
veneno es de los oidos,
peste que va con el viento!
Urge hoy mismo decidir
esta importante cuestion;
diferirlo no es razon,
que Nalvillos va á venir:
si quieres con él vivir
feliz, has de ser cristiana,
en tu mano está, Galiana,
trata de bien escoger....

GALIANA. Vendrá de cierto?

URRACA. Muger
podrás ser suya, mañana.

GALIANA. Pues bien, hoy, señora, hoy mismo,
quiero el consejo seguir;
quiero hoy mismo recibir
el sacrosanto bautismo;
no tardeis!...

URRACA. (*Con exaltacion*). Del negro abismo,
gracias, señor, la salvé!
un nuevo triunfo tu fé
alcanza sobre el error;
no me engañó tu favor
cuando en su gracia esperé!
(*A Galiana, abrazándola*). Siempre de madre te ví
con el amor santo y puro,
y hoy mi afecto es mas seguro
pues nueva vida te dí.
Así la deuda cumplí
que me impuso tu horfandad,
y en cuanto el piadoso abad....

(*Entra el Abad en trage de camino con aire y ademanes de quien viene á anunciar una desgracia*).

De vos hablaba, señor....
Mustio venis.... sin color....
Qué traeis?... Por Dios, hablad!

ESCENA V.

DICHAS.—EL ABAD DE SAHAGUN.

ABAD. Perdone vuestra grandeza,
si llego sin miramientos
á su vista.—¡Gran desgracia
nos reservaba hoy el cielo!
Don Alonso....

URRACA. (*Asustada*). Ha sucedido
algun grave contratiempo
á mí padre?...

ABAD. No, señora;
el vencedor llega bueno.

URRACA. Pues, entonces?...

ABAD. Escuchad;
que no será largo el cuento.
Ya sabeis que esta mañana
debí salir á su encuentro
con el fin de prevenirle
la traicion de ese protervo.
Recibióme cariñoso,
como siempre ha usado serlo
conmigo, y sin mas tardanza
comencé con gran secreto
á enterarle por menor
de todos estos sucesos
en su ausencia acontecidos.
Al principio estuvo atento
á la relacion prolija;
mas al irla prosiguiendo,
mas y mas meditabundo
y arrugado el entrecejo
fué escuchando.—Yo la historia
proseguí; mas el silencio
no interrumpió don Alonso
al acabar.—A este tiempo
llegó el conde don García,
de pages y caballeros
rodeado.... «Llegad, primo»,
le dijo con gran contento
el rey, y le dió los brazos:

y torvo el mirar volviendo
hácia mí, me dijo adusto:
«Id á esperarme á Toledo!»
Miróme el conde triunfante,
y yo, del enojo trémulo,
piqué mi cabalgadura,
rostro y espaldas volviendo
al engañado monarca,
y á aquel traidor embustero....

URRACA. Y no hay mas?....

ABAD. Qué! aun no es bastante
lo que relatado os dejo?...
—¡Todos estamos perdidos!

URRACA. Idos, Abad, con mas tiento
en los cálculos....

ABAD. Juzgais
que me engaño?...

URRACA. Con el tiempo
lo vereis.... Cuidad ahora
de que aquel nuestro proyecto
puntualmente se ejecute.

ABAD. Persistís aun?...

URRACA. Lo ordeno!
Id, no tardeis....

ABAD. Ya me voy;
mas por Dios, señora os ruego
que mireis....

URRACA. Ya lo he mirado.

ABAD. Hay peligro!...

URRACA. Allá veremos!

(*El abad va á salir y tropieza en la puerta con el Conde.— Este le mira con ademan insolente: el abad con profundo desprecio.*)

ESCENA VI.

DOÑA URRACA—GALIANA.—EL CONDE.

URRACA. Ya de vuelta, señor conde!

GARCIA. Algunos pasos precedo
al monarca....

URRACA. Mi señor

don Alonso, llega bueno?

GARCIA. Bueno y fuerte y vigoroso
para el bien de aquestos reinos.

URRACA. Armado sobre los tronos
siempre vela del Eterno
el omnipotente brazo,
y es soberano decreto;
porque sin su vigilancia,
no bastara humano esfuerzo
á libertarles de tantos
peligros y tantos riesgos;
que si en revueltas batallas
y lides en campo abierto,
suele ser bastante escudo
un generoso ardimiento:
no es así cuando se lucha
entre sombras y misterios
con las tenebrosas tramas
de un enemigo encubierto.
—¿No tengo razon acaso,
señor conde?...

GARCIA. No comprendo
por qué me lo preguntais:
si de mí teneis recelo,
os engañásteis, señora;
que yo de leal me precio,
Y contra el rey...

URRACA. Sí vos, conde,
estais seguro de serlo,
no os disculpeis; que no acusan
los anteriores conceptos
á servidores leales,
sino á hipócritas perversos.
Mas la plática empezada,
por enfadosa dejemos.

GARCÍA. Decís bien.

(*Óyense alegres clamores y gritos de «viva el rey!»*)

GALIANA. (*Asomándose á una de las ventanas*).
El rey, señora,
entre muchos caballeros,
se apea ya del alcazar
en el umbral...

GARCIA. A su encuentro
corro...

URRACA. Volad!... Es muy justo
que el rey don Alonso el sesto,
traiga á su diestra al entrar
al mejor de entre los buenos.
(*Vase el Conde.*)

ESCENA VII.

DOÑA URRACA.—GALIANA.

GALIANA. No sé como habeis podido
escucharle...

URRACA. Le aborrezco
como tú; pero es forzoso
disimular... Los sucesos
nos libertarán hoy mismo
de su astucia y sus enredos.

GALIANA. Con lo que dijo el abad,
un mal resultado temo
de vuestro planes...

URRACA. Confia
en la justicia del cielo!
—Pero aquí llega mi padre...

(*Entra D. Alonso, seguido de muchos caballeros, pages, y una escolta de hombres armados. Estos se colocan del lado de las ventanas.—Doña Urraca va al encuentro del rey y le echa al cuello los brazos.*)

URRACA. Seais, mi señor, bien vuelto!

ESCENA VIII.

DIGHAS.—D. ALONSO.—D. GARCIA.—*Luego el* ABAD, *etc.*

REY. (*Abrazándola.*) Seas tú la bien hallada!
Galiana, acércate acá! (*Alargándole la mano.*)
Garrida, por Dios, está,
muy crecida y mejorada!
Y el abad?... poco se cuida...

URRACA. Fué á mudar, señor de trage.

REY. Y Nalvillos, el buen page?

URRACA. Hará que perdió la vida
dos semanas...
REY. ¿Cómo fué?
URRACA. Lo mataron á traicion...
REY. De qué modo? En qué ocasion?
Y el asesino?...
URRACA. No sé...
No se pudo averiguar...

(Durante este diálogo el conde escucha con la mayor ansiedad. Al oir la última respuesta de doña Urraca hace involuntariamente un ademan de alegria.—El rey se deshace con cólera de ambas mugeres y se dirige al trono en el cual se sienta.—Doña Urraca y Galiana se colocan á su izquierda, del lado de las puertas.)

REY. Luego, cuando estoy ausente
se asesina impunemente
en mi reino?... Haced llamar
al abad!...
ABAD. *(Entrando.)* Vedme, señor,
á vuestros pies...
REY. Levantad,
y clara cuenta me dad
de esa muerte...
ABAD. Yo... en rigor
no podré informar tan bien
á vuestra alteza del lance,
como el que se halló en el trance...
REY. Que se halló en el trance!... Y quien?...
Cómo se llama ese hombre?
ABAD. Yo no os lo puedo decir;
mas presto aquí ha de venir,
y él mismo os dirá su nombre.
REY. Bien!
PAGE. *(Entrando.)* Desde tierras de Denia
llega un heraldo del Cid...
Pide licencia...
REY. Decid
que entre al punto!

(El Abad se va á reunir con doña Urraca y Galiana, y aparenta hablar en voz baja con ellas.—Asustado D. Garcia, se dirige hácia la parte donde están los caballeros, y solo cuando el heraldo le apostrofa se adelanta hasta el centro de la escena.—

El heraldo entra y llega hasta cerca del trono dando frente al lugar en que se halla el conde.)

ESCENA IX.

DICHOS.—EL HERALDO.

HERALDO. (*Inclinándose ante el trono.*) Con la venia
de don Alonso, el rey, que está delante,
de la infanta y demas; con juramento
de que ha de ser verdad cuanto declare,
por lo cual ante Dios y ante los hombres,
hago aquí como fiel, pleito-homenage:
Yo, Rui Perez, del Cid vasallo humilde,
mas que soy su persona en este trance;
á vos, conde de Nágera, en su nombre,
os reto á crudo y singular combate!
Como á calumniador de su nobleza,
como á perseguidor de su linage,
como á enemigo vil, á fuer de oculto,
y en fin, como á felon, ruin y cobarde!
Y todos estos cargos, ó uno á uno,
como mejor á vuestro arbitrio cuadre,
sostendrá mi señor en campo abierto
ó en cerrado palenque; con iguales
armas, ó para vos con ventajosas,
y á caballo ó á pié, como os agrade!
Y en presencia del rey, los ricos hombres,
caballeros y títulos y pages,
porque á nadie le quede alguna duda
y en fé de mi verdad, ahí va su guante!

(*Arroja un guante á los pies del conde y se cruza de brazos con ademan arrogante. Momentos de pausa.*)

REY. Bien cumpliste, el heraldo, cual valiente,
de noble estirpe y generosa sangre!
Conde, qué respondeis?... De un caballero
el guante recoged; que fuera ultrage
que en el suelo quedára.—No responde
vuestro labio?

GARCIA. Señor, los desleales
no se pueden purgar de sus traiciones
con el juicio casual de los combates.

Siempre fué el Campeador vuestro enemigo;
recordad, don Alonso, los desmanes
que usó con vos en la famosa jura...

REY. No se trata de mí.

GARCIA. Si las señales
que me dais de favor, no prosiguieran,
no me retára el Cid.—La fé que sabe
que os consagré, señor, es mi delito.

REY. Pero un reto solemne es cosa grave...
no puede asi quedar...

GARCIA. Yo no recojo
la prenda; que en varones de mi clase,
fuera tamaño error tener en cuenta
palabras de un hidalgo que anda errante.

HERALDO. Si no admitís el reto, don Garcia,
quedará vuestro nombre á las edades,
de ignominia y vergüenza vil señuelo,
padron de oprobio y de baldon infame!

GARCIA. Ira de Dios!... Señor, ¿á vuestra vista,
consentís que me insulte un miserable?
¿No veis que aquí se huella en mi persona
la sangre real que en vuestras venas arde?

REY. A lavar esa mancha un medio solo
nos queda.

GARCIA. Cual?

REY. Vencer en el combate!

(*En este mismo instante se abre la puerta inmediata al proscenio, y sale Nalvillos armado de piés á cabeza y con la visera calada.—Sorpresa general.—Nalvillos se adelanta con lentitud hasta quedar en medio de la escena y enfrente del Conde.*)

ESCENA X.

DICHOS.—NALVILLOS.

NALVILLOS. Bien hizo el muy noble conde
en rechazar con furor
ese reto...

GARCIA. Lo escuchásteis?

NALVILLOS. Hubo sobra de razon
para no aceptar.

GARCIA. (*Ap.*) ¿Quien es

este, que me da favor?
(*Alto*). No os conozco, caballero....

NALVILLOS. Eso no importa....

GARCIA. Esa voz....
Pero... decid....

NALVILLOS. Bien obraste,
repito.

GARCIA. Pero.... quién sois?

NALVILLOS. Soy un hombre que te acusa
de asesino y de traidor!

TODOS. Ah!...

NALVILLOS. Si, por Dios! no era justo
el que un varon de tal pro
como el Cid, se rebajara
á lidiar con un felon!
Por oro vendió este infame
á su natural señor;
mas qué mucho?.... Si por oro
su patria y su ley vendió!
Y porque un hombre no quiso
tomar parte en la traicion,
mandó que le dieran muerte
á dos villanos....

TODOS. Qué horror!

GARCIA. Este hombre delira....

NALVILLOS. El miedo
conocer te impide el son
de mi voz.... De las venganzas
del cielo ministro soy;
tiembla!... el dia del castigo,
pérfido conde, llegó!

REY. (*Bajando del trono y yendo hácia Nalvillos*).
Há menester otras pruebas
tan terrible acusacion,
que denuestos y amenazas....
¿Tenéislas, guerrero, vos?

NALVILLOS. Pruebas tengo tan seguras,
que desafío al traidor
á que las desmienta!....

REY. Ved
lo que decís!—Cuales son?

NALVILLOS. De la traicion, estas letras....

(Da al rey un pergamino.—Este lo lee con ademanes de sorpresa y horror.)

Del asesinato.... yo!

(Alzándose la visera.—Galiana quiere arrojarse hácia él; pero la contienen el abad y doña Urraca.)

GALIANA. El es!... O Dios!... que no muera
del gozo del corazon!

NALVILLOS. Recusais las pruebas, conde?

GARCIA. *(Cayendo de rodillas).*
Es la justicia de Dios!

REY. Luego, el crímen confesais?

GARCIA. Y de él imploro perdon!

REY. Y aun perdon pide, el menguado!
Perdonáraos lo traidor
acaso; mas lo cobarde
que allá os lo perdone Dios!
Llevadle!... *(A los guardias que lo rodean y se lo llevan.)*
(A Nalvillos.) Y vos, acercaos,
el mi leal servidor,
que á premiar vuestro ardimiento
haré por hallar un don....

URRACA. Un don?.. mirad!...

(Cogiendo de la mano á Galiana y acercándola al rey.—Este la toma la otra mano, mientras que, llena de rubor, baja ella al suelo los ojos).

REY. Por mi vida!
Es cierto.... ya me contó
el buen abad, por menudo,
la historia de aqueste amor.
Ella es hermosa doncella,
fuerte y apuesto garzon
es él... bravo maridage
harán sin duda los dos!
Supongo que ya Galiana
las creencias renunció
de Mahoma?...

URRACA. Hoy mismo ha sido....
por su voluntad....

REY. Mejor;
que estas cosas no son buenas
si de voluntad no son.

De Toledo el arzobispo....

(*El abad hace un ademan de sorpresa.—El rey le llama con un gesto cariñoso*).

(Llegaos acá, señor,
que el pueblo por tal os clama);
os dará la bendicion....

NALVILLOS. Pero... Señor!....

REY. Qué?...

NALVILLOS. Soy page....

REY. Caballero os haré yo,
el buen page.... Arrodillaos!

(*Nalvillos obedece.—El rey saca la espada y la tiene levantada en alto mientras dura el juramento.*)

La mano en el corazon!
¿Jurais, el page, ser fiel
á la santa ley de Dios?

NALVILLOS. Si juro! (*Poniendo la mano izquierda en la empuñadura de la espada, mientras que apoya con fuerza la derecha sobre el corazon.*)

REY. Fé y pleitesía
jurais á vuestro señor;
constante fé á vuestra dama;
y contra toda opresion
amparar al desvalido
como cumple á vuestra pró?

NALVILLOS. Si juro!

REY. Si así lo haceis,
que Dios os dé galardon;
y si no que os lo demande!

NALVILLOS. Amen!

REY. Siempre vencedor
pueda flotar el primero
al aire vuestro pendon,
ya en las sangrientas batallas,
ya en blandas lides de amor!
Alzad, el buen caballero!
(*Se levanta Nalvillos.*)
Sin desdoro desde hoy
podeis de esa noble dama
ser el esposo y señor!

(*Nalvillos se dirige hácia Galiana y toma una de sus manos.*)

TODOS. Viva el rey!

REY. (*A Urraca.*) Que un mensagero
sobre mi mejor troton,
parta en busca de tu esposo;
que yo á Galicia le doy
en feudo.—Vos, el heraldo,
volveos al Campeador:
contadle lo que habeis visto,
y añadid, que no es razon
que esté de mi corte ausente
quien es su lustre mayor.

TODOS. Viva el rey!

REY. Gracias, amigos.
Mañana al nacer del sol,
verá Toledo este enlace,
y el castigo de un traidor!

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

Madrid: ***librerías de Cuesta, Rios, Malute y Publicidad.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Cuartero.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Monet.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Vergara y Compañia.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. de Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Benavente.	Blanco.
Bilbao.	Velasco.
Burgos.	Calle.
Cáceres.	Gallardo.
Cadiz.	Moraleda.
Córdoba.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Palahi.
Gijon.	Abreu.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Marsch.
Huelva.	M. Lopez.
Huesca.	Martinez.
Jaen.	S S. Sagristá y Conpañia.
Játiva.	Bellver.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Redondo.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Ruiz.
Málaga.	Medina.
Murcia.	Andrion.
Orense.	Novoa.
Oviedo.	Sanz.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Brizuela.
Palma.	Rullan-Hermanos.
Pamplona.	Imprenta de la Ilustracion.
Pontevedra.	Andrade.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonnet.
Santander.	Riesgo.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
S. Sebastian.	Baroja.
Sevilla.	Fee.
Salamanca.	Torres.
Tarragona.	Puygrubi.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Perez.
Ubeda.	Gorriz.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Rodriguez.
Vitoria.	Ormilugue.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa.